TUCAN 10+

El Club de las Cuatro Emes: A cara de perro

JUAN RAMÓN SANTOS

Ilustraciones de Lara Pickle

edebé

El Club de las Cuatro Emes: A cara de perro

JUAN RAMÓN SANTOS

El Club de las Cuatro Emes: A cara de perro

Ilustraciones de Lara Pickle

edebé

© Texto: Juan Ramón Santos, 2023
© Ilustraciones: Lara Pickle, 2023

© Ed. Cast.: Edebé , 2023
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Coordinación de producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Book & Look

Primera edición, febrero 2023

ISBN: 978-84-683-6317-2
Depósito legal: B. 20813-2022
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. La excepción que confirma la regla 7
2. Enfados y desenfados 15
3. Falta y tarjeta 23
4. Ojo avizor 35
5. Compás de espera 45
6. Leotardos da Vinci 55
7. Incierta locura 67
8. Por los pelos 77
9. El tiempo no vuela 89
10. Un hombre del Renacimiento 97
11. Indignación en la grada 111
12. Interludio sabatino 117
13. Los cinco al rescate 119
14. Malaspulgas, vida y obra 129
15. *Hat-trick* 137
16. Un, dos, tres, al escondite inglés 143
17. Una ayuda inesperada 153
18. Una nueva marca 163
19. Las aguas vuelven a su cauce 173

1
La excepción que confirma la regla

De todos es sabido que los perros acaban pareciéndose a sus amos. O tal vez suceda exactamente lo contrario, es decir, que con el paso del tiempo y de tanto estar juntos, el rostro de los amos va amoldándose a la particular fisonomía de sus mascotas. Es difícil determinar quién se parece en realidad a quién, pues lo cierto es que nada se sabe con seguridad de este fenómeno, que ni los más sesudos científicos de la prestigiosa Universidad de Kanfort han podido desentrañar, estableciendo sus causas, su origen y su proceso.

Aun así, es un hecho constatado. Todo el mundo lo sabe, y también lo sabían, claro, Manuel, Matilde y las dos Marías, los miembros del Club de las Cuatro Emes, que muchos días, cuando agotaban la previsible ceremonia del escondite o el pillapilla, se sentaban en cualquier banco del parque a divertirse a costa de esta verdad irrefutable. Y se lo pasaban en grande jugando a ver quién encontraba el parecido más evidente: caballeros con hocico de perro salchicha, mujeres con la cara más floja que la de sus bulldogs, jovenzuelos con mandíbula de pitbull o señoras que salían de la peluquería con peinados de lo más caniche.

No era un juego con reglas demasiado estrictas. Las solían improvisar cada vez, pero lo habitual era que se estableciese una especie de turno y que, al que le tocara, señalase a alguna pareja gemela de amo y perro imitándolos o inventándose algún chiste o chascarrillo que hiciese reír a los demás miembros del club. Y, aunque las bromas e imitaciones muchas ve-

ces eran conocidas, les servían de punto de partida para seguir inventando disparates y disfrutar un montón los cuatro juntos.

La de aquel sábado era una tarde de pipas de girasol, una de esas tardes en las que el crujido de las cáscaras quebrándose entre los dientes se oye más que las palabras. O sea: estaban aburridos como ostras. No sabían a qué jugar ni qué decirse y, de repente, el viejo juego de los perros y sus amos vino a rescatarlos del tedio. Sucedió cuando vieron pasar por delante a un tipo espigado con pantalones pitillo que paseaba caviloso a su galgo dando airosas zancadas.

—Elemental, querido Galgo —dijo María Romero con voz engolada y empinando mucho la nariz, y, aunque la ocurrencia no era para morirse de la risa, la aplaudieron todos, locos como estaban por sacudirse de una vez aquel muermazo.

—¡Menudos dos sabuesos! —exclamó Manuel y comenzó enseguida a rastrear en busca de una pareja.

Se le adelantó, sin embargo, María Alcón, que, avispada como era, no tardó en localizar a un señor tan pachorrudo como su San Bernardo, con el que esperaba flemático, imperturbable, a que el semáforo se pusiera en verde.

—Ya lleeeegaaaa la patruuuulllaaa de rescaaaateee... —anunció con voz cansada, arrastrando muchísimo las vocales, y comenzó a escenificar, con movimientos lentos y pesados, imitando con la mano el oscilar invisible de un barrilete bajo el cuello, el desesperantemente lento avance de la pareja en un imaginario rescate en mitad de la nieve.

—¡Que no te pase nada en la montaña, porque como te tengan que salvar esos, cuando lleguen, estás como un carámbano! —explicó innecesariamente Manuel, empeñado siempre en ser el centro de atención.

Por eso, incapaz de demorar un instante más su minuto de gloria, señaló al azar a una pareja de hombre y perro que pasaba por allí

cerca y, casi sin mirar, se enredó en una mímica con la que no se sabía muy bien lo que imitaba, pero que pretendía ser graciosa.

—Esos dos no se parecen, Manuel —dictaminó Matilde erigiéndose en jueza del concurso.

Y tenía razón, porque el animal era un precioso braco de Weimar con un pelo gris perla terso y brillante y un rostro entre triste e inocente, mientras que su dueño era un tipo desaliñado, con el rostro arrugado y la tez cetrina, que exhibía bajo su ceño fruncido señales inequívocas de maldad y de codicia.

—¡Es que ese perro no es suyo! —se quejó Manuel como si paseante y perro hubiesen hecho trampa.

—Eso da igual. Lo que importa es que no se parecen y, por eso, no hacen gracia —replicó Matilde recordándole las reglas del juego.

—¿Cómo va a dar igual? ¡Ese perro no es suyo! —repitió indignado Manuel tirando balones fuera; pues, por encima de todo, no le gustaba perder.

De hecho, porque sabían eso, que no le gustaba perder y que le repateaba no ser el protagonista, las dos Marías y Matilde comenzaron a tomarle el pelo para fastidiarle.

—¡Cómprate unas gafas, Manuel! —exclamó entre risas María Romero.

—¿Se puede saber qué intentabas imitar? ¡Pero si no se parecen en nada! —añadió María Alcón con cara de chiste acabando de minarle la moral.

—¡Vosotras diréis lo que queráis, pero ese perro no es suyo! ¡Para mí que es robado! —concluyó furioso antes de marcharse a casa.